

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8555

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 466.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 17 de Mayo de 1890.

¡NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

LA FERIA DE CARTAGENA.

Creemos innecesario de todo punto el esforzarnos en encomiar una vez más, las ventajas que ha de reportar á Cartagena el que los festejos de la próxima feria estén en relación con la importancia y las necesidades de esta localidad.

De todos es sabido que el carácter de las ferias ha variado por completo en estos últimos tiempos, pues que gracias á las múltiples y fáciles comunicaciones entre unos pueblos y otros y al adelanto que en general vienen obteniendo, la clase de fiesta que nos ocupa no tiene por exclusivo objeto el proporcionar la ocasión de surtir de artículos, más ó menos necesarios para la vida, como antes sucedía. Hoy las ferias constituyen un pretexto para que en determinada época del año, afluyan á las poblaciones el mayor número posible de forasteros, dejando una positiva utilidad á su comercio é industria.

La conveniencia del procedimiento á que nos estamos refiriendo, no ha menester demostración alguna, pero sin embargo de ello, hemos de hacer constar el empeño que muestran los Ayuntamientos de las poblaciones importantes de España, dedicando una parte no despreciable de sus presupuestos para dar el mayor atractivo á las fiestas de feria. Véase á los Ayuntamientos de Barcelona, Cádiz, Zaragoza y otras muchas localidades, promoviendo exposiciones y certámenes de varias índoles sin más objeto que atraer una concurrencia desusada que á su paso va derramando dinero.

Concretándonos á Cartagena, ya nos hemos lamentado infinidad de veces desde las columnas de EL ECO, de que se mire la cuestión que motiva estas líneas, con la indiferencia que no por ser natural en nosotros, deja de ser muy lamentable.

Las fiestas de feria en Cartagena lejos de tener la importancia que tanto echamos de menos, vienen siendo muy pobres por no decir otra cosa, y en nuestro sentir, la causa de tal deficiencia, estriba en que la iniciativa y organización de los festejos ha estado encomendada exclusivamente al Ayuntamiento, el que como es natural, ha sufragado también por sí solo todos los gastos que se han originado. Es pues indispensable variar el indicado sistema que tan nulos resultados produce, por el que se sigue con extraordinario éxito en Málaga, Granada, Córdoba y otras poblaciones, donde el Municipio, recaba el concurso de las autoridades civiles y militares, del comercio, industria, sociedades, prensa, etc., etc., y atunados tan poderosos elementos, mediante una organización fácil y conveniente, se organizan verdaderos festivales que además de constituir un indicio serio de la importancia de la localidad donde tienen lugar, llenan cumplidamente su objeto primordial que no es otro, que promover la concurrencia de gente extraña á la población.

Interpretando los deseos de Cartagena interesada en que el programa de la próxima feria, no sea un motivo de ridículo para su buen nombre, suplicamos á las personas llamadas á tomar la iniciativa en el caso presente, que se amplie por el sistema propuesto los medios de acción necesarios, para organizar un número de festejos de verdadera importancia, ayuda que de todo corazón agradecerá la Comisión de ferias del Ayuntamiento la que por diversas circunstancias cuenta hoy con un personal muy reducido, circunstancia que habrá motivado el que no se pudiese reunir hace pocos días por primera cita, a pesar de haber sido convocada para tratar de los asuntos que le están encomendados.

Animo pues, y téngase presente que en pocas ocasiones como en esta, se puede invocar con más razón el conocido adagio, de que más hace el que quiere que el que puede.

ECOS DE MADRID.

16 de Mayo de 1890.

Ha sido necesario que llegase el día de la gran fiesta de Madrid, la fiesta del patrón, del popular San Isidro, para que cesen los madrileños de hablar de la coleta de «Fras-cuelo.»

¿Quién se acuerda ya de las huelgas? Lo que es en la villa y corte ni los mismos anarquistas han pensado estos días en su melodramático ideal.

Antes de la corrida y después, no ha habido más asunto de conversación que el célebre diestro.

Los episodios de su vida, sus principios, sus cualidades, todo esto se ha sacado á relucir con un lujo de detalles que prueba la idolatría de que es objeto Salvador. Yo no sé si en efecto se habrá cortado la coleta, lo que si aseguraria es que por un pelo de ella habrían dado algunos entusiastas su fortuna.

Era de ver el frenesí con que se dirigen á la plaza los afortunados poseedores de billetes, que por el precio á que se cotizaron bien podían pasar por billetes de Banco. Un lunes más domingo que el último no lo ha habido ni lo habrá seguramente.

Lo que pretenden que el indiferentismo se ha apoderado de la presente generación se equivocan de medio á medio.

Podrá haber indiferentismo político, pero en sus demás afectos jamás han demostrado los madrileños y estoy por decir los españoles más vehemente entusiasmo.

Respecto de los toreros no hay que hablar, pero no son solo ellos los que convierten en ídolo la vehemencia moderna. Fijémonos en los teatros por ejemplo. Antes, cuando al final de un magnífico drama de Tamayo ó de una culta y chistosisima comedia de Bretón, eran llamados una ó dos veces al palco escénico los autores, el público creía haber tributado un gran homenaje á estos grandes poetas. Hoy salir quince ó veinte veces después de una insulsa bufonada es cosa corriente, y se dan casos de que se hace repetir un chiste dos ó tres veces, se llama al palco cuando el autor después de una escena ya olvidada no cree el auditorio, habense expandido de bastante.

Distinguido, célebre, insigne, ilustre, son

los epítetos más sencillos que se tributará los que pronuncian un discursito sin equivocarse ó producen un libro de 200 páginas ó un cuadro de muchos metros.

No contento el entusiasmo con estos desahogos, ha pasado al periodo de la colocación de lápidas conmemorativas en las casas donde nacieron ó murieron las notabilidades en boga y ahora vamos á toda prisa á la erección de estatuas, lo cual merece aplausos, sobre todo, si estas estatuas no necesitan más inscripción que el nombre del personaje que reproducen. Y digo esto porque si la moda va por este camino, se erigirán á personas de las que preguntará el público. ¿Quién fue ese?

En todos estos entusiasmos, algunos muy legítimos, hay por lo general en los que inician deseo de notoriedad y en los que ayudan mucha disposición para representar el papel de cordero de Panurgo.

También nos hallamos en el periodo de la fundación de asilos. Los únicos que carecían de él eran los escritores y los artistas y ya, según parece, van á tenerlo. Yo que no soy partidario de las aglomeraciones de enfermos, de pobres, de niños; yo que creo que la beneficencia domiciliaria ó en varios grupos pequeños mejor que en uno grande, me figuro que si llega á realizarse el proyecto del Asilo para los escritores y artistas, realizará mi bello ideal á no ser que se admitan como escritores á todos los que escriben y como artistas á todos los que se dan este título y para los cuales ya hay un Asilo de inválidos del trabajo. Pero en fin, un escritor ó un artista será administrador del Asilo en ciernes y no lo pasará del todo mal si sabe arreglarse.

De seguro que no le darán que hacer sus compañeros.

Es de admirar en todo esto el vivo deseo que se ha apoderado de los hombres de esta sociedad sin fe, ni creencias, de pasar á la posteridad.

Lo que demuestra que la enfermedad de nuestra época no es tan incurable como parece.

Hoy los que saben vivir procuran darse buena vida y dejar su nombre unido á alguna creación benéfica costeada por infinitos seres anónimos.

Para concluir. Ya saben los lectores que se está representando en Apolo una zarzuela que se titula «Tanhauser el estanquero.» Es una crítica por cierto, no muy inspirada de la política del momento.

Pues bien, la otra noche una familia se disponía á tomar los billetes para entrar en el teatro, cuando el papá dijo de pronto:

—No conociendo la ópera de Wagner, es una tontería que veámos esa zarzuela. No sacáramos sustancia. Y dieron media vuelta y se marcharon.

Julio Nombela.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

VESUBIO

Charada

Al ir ayer á mi casa un todo me preguntó: «del verbo **tercera prima** ¿qué tiempo es yo **tercia don?**» El presente **subjuntivo** le contesté (so melón) es la **primera persona**; que no se le olvide. «No».

G. S. J.

La solución en el número próximo.

MARIPOSA

¡Qué vergüenza, Dios! Salir por vez primera vestida de largo, mostrar aquellas hermosas curvas del turgente seno, escuchar requiebros amorosísimos de los hombres é ir sonriendo á todos con aquella boca preciosa y diminuta eran motivos suficientes para hacer que la sangre subiendo á borbotones manchase con rosetones grana sus mejillas, hechas por Dios de nácar y jazmines.

De pie ante el espejo, tenía sus ojos negros fijos en la imagen que el cristal reflejaba.

Sin duda alguna era bonita.

Pocas mujeres llamarían como ella la atención donde quiera que se presentase. Hacia seis meses era una niña. Al romper la orisálida su estrecha caral las alas de la belleza habíanse unido á la gentil mariposa. Cuando allá en los paseos jugaba con sus amigos, nadie atraía como ella á los chicuelos rijoños y enamoradicos, como lo son todos los retoños de la actual generación.

Ninguna pudo tener más novios, ni otra hubo que como ella los escogiese más á su capricho.

Después estuvo mala, ¡qué enfermedad tan penosa!

De día se entretenía en «sentirse crecer», de noche soñaba con Garcita, un bachiller, apuesto y enredador que le mandaba besos desde la calle, aprisionándolos en las puntas de los dedos.

Cuando se puso buena se admiró ella misma de verse tan alta, tan hecha mujer en tan poco tiempo.

¡Qué felicidad!

Ya podría tener un novio hecho estatua al pie de su balcón, sin que se enfadase su familia, podría ya escribir cartitas con tantos rasgos de adorno como faltas de ortografías sin que interceptasen sus hermanos el servicio de correos entre ella y sus pretendientes.

¡Qué gusto, qué contento!

Los vestidos cortos quedaron arrinconados y á toda prisa se le hizo uno nuevo, digno de su belleza.

Su cabello negro caía formando rizos en la frente y al desaparecer la trenza, la cabeza aquella, divinamente modelada, se mostraba airosa, estueta sobre aquel «torso» de parisimas líneas.

Enarcando los brazos en alto dejaba caer sobre su frente las caladas blondas de negra mantilla y en el espejo reflejábale el rostro bellísimo, encantador, coronado de bucles y de rizos que se esfumaban en las curvas de la española mantilla, la línea de aquel pecho que iba elevándose acariciado por el empuje de la sangre juvenil, y la cintura pequetísima.

Veta ella en el espejo todo esto con sin igual complacencia y enamorábase de sí misma, pero de lo que no estaba segura, era de que fuese su andar airoso llevando el vestido largo.

¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza!

Por fin salió á la calle.

Iban con ella tres ó cuatro amigas, jóvenes todas, llenas de ilusiones y de vida, riéndose, murmurando de todo, de todo y ella en medio, gozosa y placentera, roja de vergüenza, sin ver casi lo que ante sus ojos desfilaba, abismaba en pensamientos que ajetres y inquietones salían de su cerebro, se agomaban riendo al corazón y se le escapaban por la boca disfrazados en suspiros.

Admirábanse los que la encontraban de